

SECUENCIA DE PENTECOSTÉS

Ven Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
Don, en tus dones espléndido.

Luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo.
Ven, Dulce Huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
Divina Luz y enriquecéenos.
Mira el vacío del hombre
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo.

Lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones
según la fe de tus siervos,
por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.



✚ **Frutos de la verdadera oración**
✚ Por Fr. Reinier Ma. del Niño Jesús de Praga, OCD

✚ **Pentecostés (Jn. 20, 19-23)**
✚ Por Óscar Ávila, S.J.

✚ **El fuego**
✚ Por Esteban L. Aquino Nieto

SANTORAL

D 8: San Salustiano / **L** 9: Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia / **M** 10: Santa Margarita de Escocia / **Mi** 11: San Bernabé / **J** 12: Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote / **V** 13: San Antonio de Padua / **S** 14: San Eliseo

Frutos de la verdadera oración

Por Fr. Reinier Ma. del Niño Jesús de Praga, OCD



“Para esto es la oración... de que nazcan siempre obras”, afirma categóricamente Santa Teresa de Jesús. Esta sentencia nos revela una verdad fundamental: la autenticidad de nuestra oración se manifiesta en sus frutos concretos. No basta con tener momentos intensos de devoción o experimentar consolaciones espirituales; la verdadera oración debe transformar nuestra vida cotidiana y manifestarse en obras tangibles de amor.

El primer y más importante fruto de la oración auténtica es la conformidad de nuestra voluntad con la voluntad divina. Como enseña la santa, “toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer conformar su voluntad con la de Dios”. Esta alineación no es producto de una imposición externa, sino el resultado natural de una relación de amor que nos lleva a desear lo que Dios desea.

La oración verdadera también genera en nosotros una nueva sensibilidad hacia las necesidades de los demás. El amor que recibimos de Dios en la oración no puede quedarse estancado, necesita expresarse en obras concretas de servicio

y caridad. Como dice Teresa, “el amor jamás está ocioso”. Esta actividad del amor se manifiesta en la preocupación por el bien de los otros, en la paciencia ante sus defectos, en la disposición para servir y en el deseo sincero de su salvación.

Un tercer fruto significativo es el crecimiento en el autoconocimiento y la humildad. En la presencia de Dios aprendemos a vernos como realmente somos, reconociendo tanto nuestras limitaciones como los dones que hemos recibido. Esta verdad sobre nosotros mismos nos libera de la vanidad y nos ayuda a confiar más en la misericordia divina. La oración nos hace más conscientes de nuestra dependencia de Dios y más agradecidos por su amor incondicional.

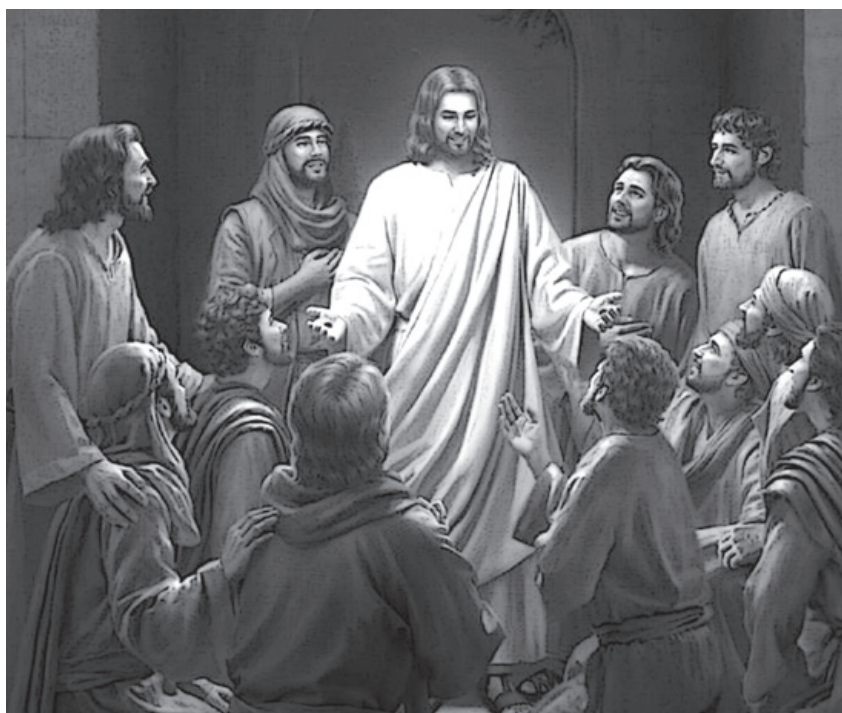
La paz interior es otro fruto distintivo de la oración auténtica. No se trata de una tranquilidad superficial o de la ausencia de problemas, sino de una serenidad profunda que permanece incluso en medio de las dificultades. Esta paz nace de la certeza del amor de Dios y de la confianza en su providencia. Como experimentó Santa Teresa, quien tiene a Dios nada le falta.

Finalmente, la oración genuina produce un deseo ardiente de la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. Como señala la santa, debemos procurar “que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica”. Este celo apostólico nos impulsa a trabajar por el Reino de Dios, cada uno según su vocación y posibilidades.

La autenticidad de estos frutos se verifica en la persistencia y el crecimiento constante. No son experiencias pasajeras ni emociones superficiales, sino transformaciones profundas que van configurando nuestra vida según el modelo de Cristo. Como nos recuerda Santa Teresa, “poco me aprovecha estarme muy recogida a solas... si en saliendo de allí lo hago todo al revés”.

Pentecostés (Jn. 20, 19-23)

Por Óscar Ávila, S.J.



La celebración de Pentecostés está enmarcada entre el miedo y la esperanza, es una festividad en la que los seguidores de Jesús nos llenamos del Espíritu del Resucitado. El evangelio de esta fiesta nos ubica en el mismo día de la Resurrección, momentos en que la comunidad experimenta la soledad más profunda marcada por la desesperanza frente a la muerte de Jesús.

El miedo es paralizante, tiene a los discípulos escondidos por miedo a los judíos, miedo que hace centrarse en ellos mismo sin mirar más allá de su propio dolor. Uno de los apóstoles no se encontraba con ellos, pues prefiere vivir el duelo lejos de la comunidad. Los que están juntos, lamentando lo vivido, expresan sus propios temores. Este modelo de comunidad nos ayuda hoy a mirar nuestro propio modo de ser comunidad, muchas veces marcada por el miedo, nos encerramos y no somos capaces de anunciar la presencia de Jesús en medio de nosotros, no somos capaces de dar testimonio del que entregó la vida por amor. Hoy también nos vamos quedando encerrados en nuestras quejas, temores y poca expectativa de que lo que estamos viviendo va a cambiar.

Pero en medio de este sinsentido irrumpe la fuerza del Resucitado que nos regala su aliento de vida para vencer nuestros miedos. El primer gesto del Resucitado es regalarnos la paz, pues es necesario que para poder entregar su mensaje y ser testimonio de su presencia debemos vivir

en paz, partiendo desde nuestra paz interior y desde allí poder transparentar a la humanidad entera. Esto nos llena de alegría, pues sólo viviendo en la paz que nos regala el Resucitado podemos experimentar la alegría que el mundo de hoy necesita.

En nuestras comunidades muchas veces no damos espacio a esta alegría que brota de ver al Señor vivo en medio nuestro. Nos cuesta encontrar en estos tiempos, en esta Cuba, signos de la presencia del Resucitado; pero allí están, en medio de los pobres y desprotegidos, aquellos que el mundo desecha. Sólo los que hemos experimentado la gracia de la Resurrección en medio de muerte, tenemos la responsabilidad de dar a conocer la presencia del Espíritu de vida en nuestro andar cotidiano.

Jesús Resucitado nos regala su aliento de vida, al igual que en el relato de la creación es Dios mismo que da la Ruaj al barro modelado y le da vida. En Pentecostés es Jesús mismo quien nos da aliento para resucitar nuestro propio barro y comenzar una nueva era en donde la vida es el centro del actuar de la comunidad.

Es por eso que, en este Pentecostés, nos atrevemos a gritar con fuerza: ¡Ven Espíritu Santo liberador! Rompe nuestras cadenas y ayúdanos a caminar por sendas de vida que nos hagan hombres y mujeres constructores de tu Reino aquí y ahora.

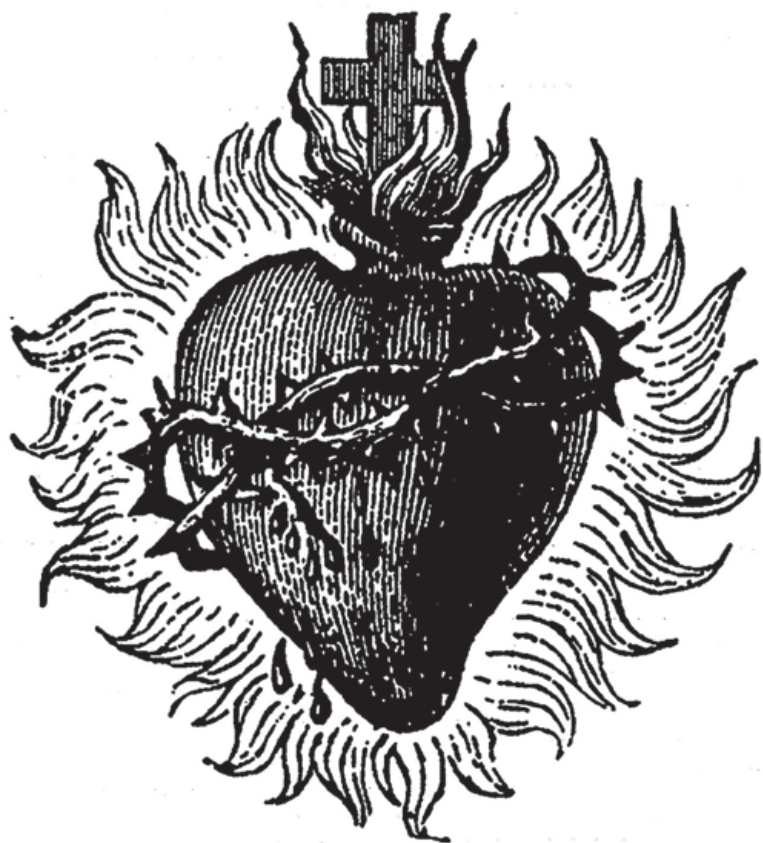


Orando en la semana

- D 8:** Hch 2,1-11/ Sal 103/1 Cor 12,3b-7.12-13/ Jn 20, 19-23:
- L 9:** 2 Cor 1,1-7/ Sal 33/Mt 5,1-12
- M 10:** 2 Cor 1,18-22/ Sal 118/ Mt 5, 13-16
- Mi 11:** 2 Cor 3,4-11/ Sal 98/ Mt 5, 17-19
- J 12:** Gn 14, 18-20/ Sal 109, 1. 2. 3. 4/ 1 Cor 11, 23-26/Lc 9, 11b-17
- V 13:** 2 Cor 4,7-15/ Sal 115/ Mt 5,27-32
- S 14:** 2 Cor 5,14-21/ Sal 102/Mt 5,33-37

El fuego

Por Esteban L. Aquino Nieto



Como he dicho antes, los símbolos son el corazón de la imaginación y el ser humano vive y se comunica a través de ellos. Aunque no lo desee, su propia capacidad imaginativa lo lleva a pensar de manera abstracta y así interactúa con este lenguaje. El simbolismo cristiano tiene su ejemplo más importante: Cristo.

En esta ocasión me voy a referir a uno de los símbolos más enigmáticos del cristianismo, y de toda la humanidad: el fuego.

Desde la más remota antigüedad, el ser humano sintió gran afinidad por este conjunto de moléculas luminosas que conocemos como el elemento fuego, en el pensamiento occidental. Los beneficios que el hombre descubrió en él lo convirtieron en una fuente de adoración. Las culturas y religiones más antiguas lo tomaron como centro de su culto, que utilizaron como sustituto tangible del Sol.

El fuego ardía en los templos griegos, y los romanos siguiendo esta tradición, crearon un colegio de Vestales, que eran vírgenes consagradas sólo al cuidado del fuego de los templos, para que este nunca fuera extinguido. Fue a través del fuego que Dios habló a Moisés; fue con el fuego que Juan el Bautista iden-

tifica a Jesús; y fueron lenguas de fuego las que describen la venida del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés sobre los Apóstoles de Cristo.

En el alfabeto hebreo, la letra Shin (equivalente a la Ch) tiene un valor numérico de 300 y simboliza el fuego. No es casualidad que palabras como shalom (paz), shabat (séptimo día), shesh (fuego), shekinah (Divina Presencia), Shadai (Dios Todopoderoso), shemá (escucha), kadosh (santo), shiflut (humildad), mas-hiaj (mesías o ungido), shemen (aceite), entre otras, tienen esta letra implícita. También es notable su valor espiritual.

Revisemos ahora algunos de los identificativos del fuego desde la óptica universal y religiosa, en particular dentro del cristianismo. El fuego simboliza tanto lo natural, como lo sobrenatural; está asociado a la inmortalidad; es fuente de iluminación; es purificador; forma parte de los ritos de consagración; es destructor de elementos impuros; está implícito en el proceso de cambio, de transformación; simboliza el juicio escatológico.

Podría citar muchos significados más, pero estos son suficientes y pudiéramos resumir en dos términos esenciales el simbolismo cristiano del fuego: el Espíritu Santo y la Palabra de Dios. He aquí la Trinidad Santa o esencia de Dios. Si hacemos una interpretación más amplia de estos dos "títulos", nos encontramos con amor, bondad, misericordia, fuerza, energía, alimento espiritual, conocimiento, consuelo, paz, vida, poder divino, misión de la Iglesia.

Podría extenderme más en la trascendencia de este símbolo, pero quisiera terminar con una imagen que seguro servirá de referente. Se trata del Sagrado Corazón de Jesús. Al observar este emblemático ícono notarán que todas estas características son pocas para describirlo. Entonces les propongo que, cuando pensemos en *fuego*, contemplemos ese que emana del manso y humilde corazón de nuestro Jesús.